

Un adorno especial.

Esta es la historia de Leo, el niño que hizo brillar la Navidad.

Leo era un niño muy risueño y algo inquieto, tenía un pelo diferente, parecía oxidado, algo alborotado, uno de sus mechones le cubría sus grandes ojos verdes, aunque a él parecía no molestarle, se lo quitaba con un fuerte sopido, en sus mejillas descansaban unas pecas muy graciosas, parecían pequeñas manchas de barro. Vestía un pantalón con algunos agujeros, le encantaba meter sus dedos en ellos, una camisa con tres botones y un jersey algo descosido, no tenía mucho más donde elegir. A veces, sus zapatos le apretaban tanto que sus dedos salían por la punta como la lengua de un gato. Vivía junto a sus padres en un pequeño pueblo situado cerca del mar y rodeado de montañas. La casa de Leo era humilde, era tan vieja que siempre que llovía caían gotas del techo que rebotaban dentro de un pequeño y viejo cubo, sus puertas chirriaban tanto que parecía que hablaban entre ellas, en el salón tenían un viejo sofá en el que se sentaban todos juntos a descansar, una mesa y un viejo televisor. El dormitorio de Leo estaba al final del pasillo, le encantaba jugar con unos botones que su madre le había dado, jugaba a grandes partidos de fútbol, unos viejos libros eran las gradas, donde sentaba a su osito Tom, desde la estantería le animaba su pequeño soldado de plástico, le faltaba una pierna, a causa de sus batallas o eso imaginaba Leo. Ana, su madre siempre estaba trabajando, solía llevar su cabello recogido con una vieja goma que Leo le había regalado en su cumpleaños, una bata que ella se había cosido y unas zapatillas envejecidas. Cuando llegaba a casa siempre tenía tiempo para jugar con Leo, a él le encantaba oler el pelo de su mamá cuando lo abrazaba. Su padre, trabajaba arreglando las luces del pueblo, llegaba tarde a casa, pero siempre tenía una gran sonrisa en su cara. Aquel día Leo estaba emocionado, se acercaba la Navidad, mamá había sacado la vieja caja de los adornos y el pequeño árbol para decorar la casa. Había bolas desconchadas, guirnaldas hechas de viejos periódicos y una estrella de papel. Al terminar Leo escuchó ruidos, se asomó a la ventana y pudo ver como sus vecinos habían decorado la casa, tenían todo tipo de adornos: renos enormes, que parecían andar solos, guirnaldas con más colores que el arcoíris y una gran estrella que iluminaba más que la de Oriente. En ese momento a Leo le invadió una tristeza, quería algo diferente y mágico, su adorno especial.

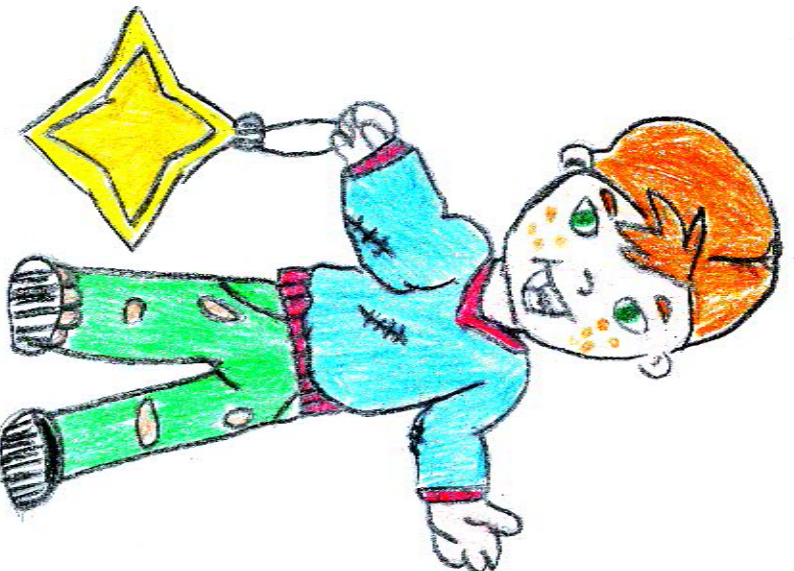
Decidido a buscar ese adorno, cogió su vieja mochila, en ella guardó un pequeño trozo de pan y unas galletas, junto a su fiel soldado, guardaba un viejo mapa roto por las esquinas, le sopió para quitarle el polvo, mientras lo hacía se le escapó un estornudo. Cruzándose su mochila por el pecho salió cerrando la vieja puerta. Anduvo un buen rato y cerca de las montañas encontró un pequeño pajarito, tenía la patita rota, sin dudarlo lo cogió entre sus pequeñas manos, lo acurrucó en su pecho y con su viejo cordón de los zapatos le vendó la patita, lo dejó sobre un gran tronco, su madre rápidamente lo agarró del ala y lo llevó al nido. Ella, revoloteando sobre Leo parecía darle las gracias. Leo sintió unas cosquillas sobre su corazoncito. Ya estaba cerca del río, allí encontraría la cueva del Ángel de la Navidad según su mapa. Cuando se disponía a cruzar el río, encontró a un viejo anciano que gritaba pidiendo ayuda. Sus

ropas no parecían cómodas, estaban mojadas y descosidas, un viejo bastón era su apoyo. Tenía un pelo blanco como las nubes, cubierto por un sombrero. Leo se acercó, le tendió su pequeña mano invitándole a levantarse. El anciano se asombró, le agarró la mano y en ese momento Leo notó que un ángel lo acariciaba, miró su cara y vio que estaba tan arrugada como la estrella de papel de su árbol de Navidad, pero sus manos eran tan cálidas como las caricias de mamá. Se apoyó sobre el viejo bastón y con voz entrecortada le dio las gracias. Leo lo abrazó mientras dos grandes lágrimas brotaban de sus ojos y se resbalaban por sus mejillas, se acordaba de su familia.

¿Pequeño que puede hacer un anciano como yo para ayudarte?, preguntó el anciano.

Estoy buscando un adorno diferente para Navidad, contestó Leo, mientras las viejas ropas del anciano desaparecían convirtiéndose en una mágica lluvia de estrellas, de la cual apareció el Ángel de la Navidad.

Leo, no llores más, pronto estarás en casa junto a tu familia. Has demostrado tener tanta bondad que no te importó ayudar a los demás. Ese es tu adorno especial, tu gran corazón. ¡El siempre te hará brillar! Contestó el Ángel mientras abría su grandes alas y envolvía a Leo. Te llevaré a casa y recuerda mientras tengas ese corazón humilde y bondadoso, harás brillar la Navidad. Leo emocionado comprendió que tenía el adorno más especial de todos. Se quedó profundamente dormido y cuando despertó estaba junto a su vieja ventana, en su humilde casa con sus adornos viejos, miró a su alrededor y vio que su vieja estrella de papel seguía en su árbol, la abrazó fuertemente diciendo en voz alta ¡VIVA LA NAVIDAD!.



Daniel